



El avance tecnológico. ¿Quo vadis?

Instituciones del siglo XX y generaciones del siglo XXI

Carlos Mundt y María Cristina Saucedo

Conferencia dictada en la ANAV el 11 de noviembre de 2025

Resumen

La época que estamos viviendo ha sido caracterizada como un tiempo de vorágine. Una época vertiginosa, acelerada, que genera desconcierto, perplejidad, incertidumbre, inquietud. Una época de cambio de paradigmas, de horizontes imprecisos o confusos, de caída de lógicas y modos de desempeño tanto sociales como institucionales y organizacionales. Un momento de quiebre, de ruptura, marcado más por preguntas sin respuesta que por respuestas a problemas definidos claramente. Nuestra vida cotidiana acontece en esa vorágine en la que se está desarrollando la vida en todos sus aspectos y que la condiciona de tal manera que apenas queda tiempo para pensar en otra dimensión que no sea el presente. Esa carencia de tiempo determina, en buena medida, una ausencia de espacio. Si bien cada día es más dificultoso “hacerse” el tiempo para poder detener ese vértigo de los acontecimientos, también nos resulta difícil encontrar y construir los ámbitos en los que poder reflexionar sobre el curso futuro de ellos.

Es en este escenario que aparece una cuestión abandonada u obviada: ¿qué papel juegan allí las historias, las experiencias, los conocimientos de quienes ven la realidad y el mundo desde un lugar en que el pasado sigue siendo un valor a rescatar? ¿Qué puede aportar esta segunda visión más evolutiva, asentada en el tiempo, deudora de lo hecho y de lo experimentado en los niveles personal, colectivo e institucional? ¿Cómo pueden articularse esos dos tiempos y esas dos lógicas diferentes que, no por ser diferentes deben ser opuestas, divergentes, antagónicas? Una, la del futuro con sus horizontes en expansión, profundamente transformadores, sustentados en nuevos paradigmas. La otra, la de los largos recorridos con sus experiencias, enseñanzas, complejidades y construcciones colectivas. El tiempo y la lógica de lo innovador, creativo, que irrumpe y la lógica de lo institucional, organizacional, sedimentado.

Palabras clave: cambio de época, vertiginosidad, dos lógicas diferentes, diálogo ausente, necesidad de articulación.

Abstract

The era we are living through has been described as a time of turmoil. A dizzying, fast-paced era that breeds bewilderment, perplexity, uncertainty, and unease. An era of shifting paradigms, of vague or confusing horizons, of the collapse of established ways of thinking and operating—whether social, institutional, or organisational. A moment of rupture, of breakdown, marked more by unanswered questions than by answers to clearly defined problems. Our daily lives unfold within this whirlwind in which life in all its aspects is unfolding, and which conditions it in such a way that there is scarcely any time left to think of any dimension other than the present. This lack of time largely determines an absence of space. Whilst it is becoming increasingly difficult to ‘make’ time to halt this dizzying whirl of events, we also find it hard to identify and create the spaces in which to reflect on their future course.

El tiempo en que vivimos

El marco de nuestra inquietud es la época que estamos viviendo, la cual ha sido ya ampliamente caracterizada como un tiempo de vorágine. Una época vertiginosa, acelerada, que genera desconcierto, perplejidad, incertidumbre, inquietud. Una época de cambio de paradigmas, de horizontes imprecisos o confusos, de caída de lógicas y modos de desempeño tanto sociales como institucionales y organizacionales. Un momento de quiebre,

de ruptura, marcado más por preguntas sin respuesta que por respuestas a problemas definidos claramente.

Los 50 años desde el fin del industrialismo y el Estado del Bienestar en la década de 1970 están signados por una transformación profunda en el ámbito de la ciencia y la tecnología como de las formas de organización de la sociedad. De su escala de valores y de los parámetros que rigen tanto la vida social, vincular, familiar y educativa como la económica, laboral y productiva. Estamos viviendo una realidad mundial marcadamente diferente de la que la precedió durante más de un siglo.

Qué nos proponemos

Siempre que se dice algo es fundamental saber quién lo dice y desde dónde. En nuestro caso hemos desarrollado una larga actividad académica en el ámbito universitario con experiencias de gestión en instituciones de la educación, la ciencia y la tecnología a lo largo de 40 años.

Y aunque esos recorridos pudieran tentarnos a transmitir el fruto de una acción y de un saber hacer por haber hecho, nuestro objetivo no es transmitir un conocimiento acabado, sino – desde ese bagaje de formación y experiencia– compartir una inquietud respecto de un tema obviado.

Abrir un diálogo, guiados más que por una actitud de humildad, por una cuestión de ignorancia. La insuficiencia por parte nuestra del amplio conocimiento y de la reflexión imprescindibles para abordarlo nos hace ser conscientes de nuestras limitaciones.

Una cuestión abandonada u obviada

Nuestra vida cotidiana acontece en esa vorágine en la que se está desarrollando la vida en todos sus aspectos: social, cultural, económico, político, tecnológico. Ello la condiciona de tal manera que apenas queda tiempo para pensar en otra dimensión que no sea el presente.

Esa carencia de tiempo determina, en buena medida, una ausencia de espacio. Si bien cada día es más dificultoso “hacerse” el tiempo para poder detener ese vértigo de los acontecimientos, también nos resulta difícil encontrar y construir los ámbitos en los que poder reflexionar sobre el curso futuro de ellos.

Es en este escenario que aparece una cuestión abandonada u obviada: ¿qué papel juegan allí las historias, las experiencias, los conocimientos de quienes ven la realidad y el mundo desde un lugar en que el pasado sigue siendo un valor a rescatar? ¿Qué puede aportar esta segunda visión más evolutiva, asentada en el tiempo, deudora de lo hecho y de lo experimentado en los niveles personal, colectivo e institucional?

¿Cómo pueden articularse esos dos tiempos y esas dos lógicas diferentes que, no por ser diferentes deben ser opuestas, divergentes, antagónicas? Una, la del futuro con sus horizontes en expansión, profundamente transformadores, sustentados en nuevos paradigmas. La otra, la de los largos recorridos con sus experiencias, enseñanzas, complejidades y construcciones colectivas. El tiempo y la lógica de lo innovador, creativo, que irrumpe y la lógica de lo institucional, organizacional, sedimentado.

No para desacelerar el futuro o cuestionar su vertiginosidad, sino para tender un puente. Entre él y lo que antecede y puede hacer un aporte invaluable a la hora de desarrollar la capacidad intelectual, humana más profunda: la de hacerse preguntas.

Preguntas que requieren formación, conceptualización, sistematización, definición de problemas, uso del instrumental metodológico de las ciencias. Preguntas a las que se llega, más que acertijos de los que se parte. Sustratos sobre los cuales sembrar un “cuerpo enzimático” de modos de leer la realidad para iniciar procesos de producción de ideas. Armar un hilo de pensamiento que habilite un abordaje del futuro pensado como capacidades y proyectos y no como una antinomia de hierro entre utopías y desastres.

Afrontar el desafío de esta cuestión abandonada u obviada implica definir un lugar en el que posicionarse para aportar a un rol de vínculo, de puente, de articulación que ponga en diálogo esas dos perspectivas complementarias.

Lo enormemente irruptivo, dislocador de los nuevos recursos y escenarios erosiona, cuando no cuestiona, los modos de desarrollo y pensamiento de las secuencias organizativas, estructurales e institucionales. Ante ese embate del futuro, es común que las instituciones se abroquen en defensa de lo que ha sido su razón de ser: instituir, que significa instalar, asegurar, arraigar, permanecer. El problema es que esa inercia las vuelve, muchas veces, crecientemente conservadoras, inmóviles, reiterativas o autorreferenciales. Con muchas dificultades para dar respuesta hacia el futuro por una dificultad para hacerse preguntas en el presente.

Y ésta es nuestra motivación central: ¿cómo articular, entonces, esas dos dimensiones? La del vértigo de futuros cada vez más abiertos, desafiantes y demandantes de conocimiento y la de las enseñanzas a partir de experiencias institucionales con un largo recorrido en la formación de profesionales y técnicos.

Tal vez, el único modo sea no generando debates teóricos o abstractos, De esos que operan confrontando, comparando, separando; sino, reuniendo para que piensen al unísono a profesionales, gestores, planificadores, innovadores y emprendedores que expresen alguna de esas dos vertientes. Caminos que se van alejando cada vez más por el peso de la tradición y por la urgencia de la utopía.

Ésos podrían ser el sustrato sobre el cual esparcir ese catalizador, ese “cuerpo enzimático” de un diálogo sin antinomias.

IA ¿cómo llegamos acá?

Ese cambio profundo se produjo, sobre todo, en los últimos 30 años y afectó a todos los parámetros que definen y expresan la vida cotidiana. Un hecho que ocurrió fundamentalmente en los dos ejes organizadores de nuestra percepción y apreciación de la realidad; el espacio y el tiempo. Un achicamiento del espacio y una aceleración del tiempo, cuyos efectos son la impronta más intensamente percibida y ya casi naturalizada.

Ello es resultado de la revolución científica que, a través de la informática y la biotecnología, modificó nodalmente la direccionalidad de la tecnología. Cuestión ésta que recién hemos comenzado a registrar, no sólo conceptualmente, sino en su impacto y en sus derivaciones. Durante milenios, los avances técnicos estuvieron orientados hacia el afuera del ser humano. Extendieron, ampliaron sus capacidades físicas y biológicas. Ahora, se ha revertido hacia su interior: hacia el código genético y las capacidades neurológicas y cognitivas.

El conjunto de transformaciones de esta magnitud valida que podamos plantearnos que lo que estamos viviendo es un cambio de época. No una época de cambios. En una época de cambios, los parámetros de la vida en sociedad y de comprensión de la realidad son estables y se desenvuelven de modo evolutivo como resultado de las propias fuerzas que los definen.

En un cambio de época, por el contrario, los criterios de realidad son cuestionados, surgen nuevas perspectivas de ella y de la vida social y eso afecta al mundo en su conjunto. Adquieren un cariz de ruptura, de emergencia, de revolución. Como acertadamente fue definida la perspectiva cósmica de Copérnico: una revolución copernicana.

Este cambio de época es similar a lo acontecido en dos épocas que han marcado el desarrollo de Occidente en los últimos 5 siglos:

(a) El Renacimiento (hace 500 años): signado por las hazañas y descubrimientos científicos y geográficos de Copérnico, Galileo, Gutenberg, Vasco de Gama, Colón, Magallanes con sus enormes derivaciones: la integración del mundo, la ubicación del planeta, el método científico experimental, la imprenta, la masificación del libro

(b) La Revolución Industrial (hace 250 años): con la utilización de nuevas fuentes de energía, el desarrollo científico en todas las áreas, la mecanización, la electricidad, los cambios en el transporte, la producción y la movilidad humana

En una medida similar, los cambios ocurridos desde el fin del industrialismo y la emergencia de las tecnologías de la información y las comunicaciones han producido durante el último cuarto del siglo XX una transformación de la sociedad de la misma trascendencia.

El trasfondo cultural, social y tecnológico de esta nueva época

En su libro “Pulgarcita”, el filósofo e historiador de las ciencias francés Michel Serres despliega un certero panorama de lo acontecido en este siglo. Su libro se denomina de esa manera, no en referencia al personaje Pulgarcito del cuento infantil, sino al uso continuo que los niños y adolescentes hacen de su pulgar en su interacción con los celulares y dispositivos electrónicos.

Su primera afirmación es: “El mundo cambió tanto que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer”. Comienza comparando a la generación actual con la de niños de principios del siglo XX. “Este nuevo escolar, esta nueva estudiante no han visto un ternero, una vaca, un ave de corral. En 1900, la mayoría de los seres humanos trabajaba en la labranza y el pastoreo... Vive en la ciudad; sus predecesores inmediatos, la mitad de ellos, andaban por los campos... Ya no tiene la misma vida física; en el lapso de una sola vida humana, la población saltó de 2 a 7 mil millones de personas, vive en un mundo lleno... Su esperanza de vida es de 80 años. El día de su casamiento, sus bisabuelos se habían jurado fidelidad por pocas décadas que habrían de vivir. Sus padres heredaron alrededor de los 30 años, ellos esperarán a la vejez para recibir ese legado... Sus padres fueron concebidos a ciegas, el nacimiento de ellos pudo haber sido programado... Ya no tienen ni el mismo cuerpo, ni la misma conducta... están formateados por los medios de comunicación, por la publicidad. Y esos medios se han apoderado de la función de enseñanza. Viven en lo virtual: ya no tienen la misma cabeza. Por el teléfono celular acceden a cualquier persona; por GPS a cualquier lugar; por la Red a cualquier saber: ya no habitan el mismo espacio.”

Y concluye: “Creado por Richelieu, desde hace 400 años se publica cada 20 años el Dictionnaire de la Academia Francesa. En los siglos pasados, la diferencia entre una edición y otra era de 4 a 5 mil palabras. Entre la anterior y la próxima será de 35.000. Ya no hablan la misma lengua.” (Serres, 2013)

Un dato más muestra los cambios acontecidos en el siglo XX: en 1900, más de la mitad de los norteamericanos – primera potencia industrial ya en ese momento – eran todavía población rural.

En el lapso de una vida humana, la población del mundo casi se cuadruplicó y la esperanza de vida llega a 80 años. El horizonte cultural de sus ancestros era de unos pocos miles de años, el suyo abrevia en una paleontología de millones de años. Si están formateados por los medios de comunicación y viven en la virtualidad, no conocen, ni integran, ni sintetizan como nosotros. Con el celular acceden a cualquier persona en cualquier lugar. Hasta hace 3 décadas, el teléfono era para llamar a lugares, hoy es para llamar a personas, donde sea que se encuentren.

El futuro cobra otra dimensión

En su libro “El sueño de la Inteligencia artificial”, Gisela Baños, física teórica por la Universidad de Leipzig, afirma que “desde un punto de vista cultural, la idea de futuro es relativamente reciente. No surgió hasta fines del siglo XVIII. No empezamos a pensar en el futuro hasta que el progreso se aceleró y, con él, los cambios que propiciaba...Hasta los tiempos modernos, el ritmo del cambio era tan lento que era imperceptible en el transcurso de la vida de una persona. Se volvió perceptible alrededor del 1800 por los cambios generados por la Revolución Industrial y la Revolución Francesa. Por primera vez, pudieron detectar los cambios en el transcurso de sus propias vidas.”

“En la década de 1980, esta idea alcanzó el punto de no retorno: el futuro nos engulló y los nuevos cambios sucedían tan rápido que las predicciones quedaban rápidamente obsoletas. El futuro nos alcanzó y se nos adelantó: pasamos de ser agentes de su creación a vernos modelados por su evolución” (Baños, 2024, pp. 248-250). La vorágine tecnológica.

Una consecuencia impredecible de ese ritmo vertiginoso fue que las mediaciones se fueron debilitando. El acceso directo a la información, antes mediada a través de la ciencia, la educación, la política, la religión a cargo de diversas instituciones y roles diferenciados, las fue haciendo languidecer. Ello afectó a las escuelas y universidades, a los parlamentos y gobiernos, a los hospitales, los templos, los sindicatos. Y, en ellos, a sus maestros, profesores, científicos, dirigentes, autoridades, profesionales, sacerdotes. Fueron perdiendo su histórica misión de articulación -mediación- entre la gente por un lado y la política, el conocimiento, la fe, la salud, los ámbitos de resolución de las necesidades sociales por el otro.

El filósofo francés Eric Sadin en su libro “La inteligencia artificial o el desafío del siglo” remarca un fenómeno destinado a revolucionar de un extremo a otro nuestras existencias, acontecido hace poco más de una década: un cambio de estatuto en las tecnologías digitales. De ahora en más, superando la primera misión de hacer más accesible la información, están dotadas de una singular y perturbadora vocación: la de enunciar la verdad. “La tecnología ya no designa un discurso que versa sobre la técnica, sino una facultad de proferir el verbo, el logos, con la única finalidad de garantizar lo verdadero.” (Sadin, 2018, pp. 18)

Y con ello, reaparece un antiguo miedo, como ya había sucedido en el siglo XIX, en pleno despliegue de la Revolución Industrial. En ese tiempo, ante los enormes avances mecánicos y eléctricos la bestia al acecho fue Frankenstein. Hoy, con los avances en el terreno de lo neurológico, computacional es la Inteligencia Artificial, con la amenaza de superarnos en nuestra mayor propiedad: la inteligencia. Lo que nos hace humanos.

El desafío de esta nueva época

Todas estas transformaciones han generado una modificación sustancial en el funcionamiento de las instituciones. En las estructuras escolarizadas (desde la escuela a las universidades) había docentes que tenían conocimientos y cuya función era transmitirlos a sus alumnos y estudiantes. La aparición de sistemas informáticos que permiten acceder en modo personal, directo a la información pone en cuestionamiento esas funciones de las instituciones educativas, no sólo a la práctica docente. ¿Siguen siendo ellas el vehículo, sino exclusivo, al menos predominante en el acceso a la información, al conocimiento y a la formación de técnicos y profesionales?

La realidad socio-tecnológica nos muestra 3 poblaciones adultas cada vez más diferenciadas:

- (a) los de 20-30 años (nacidos entre 1995 y 2005)
- (b) los de 30 a 50 años (nacidos entre 1975 a 1995)
- (c) los de 50-75 años (nacidos entre 1950 a 1975).

Cada uno de esos períodos de nacimiento corresponden a 3 tiempos claramente diferentes: (a) el del pleno desarrollo y expansión de las TICs, (b) el de la transición entre épocas y (c) el de la posguerra y el fin del industrialismo. La brecha entre ellas es muy fuerte, el entramado social es altamente diferenciado, las lógicas formativas se han visto alteradas.

Lo que antes se vehiculizaba a través de estructuras y lógicas institucionales altamente centralizadas, verticales y jerárquicas, hoy va adquiriendo un carácter descentralizado, abierto, horizontal con primacía de redes y acciones individuales. Ese paso de la verticalidad a la horizontalidad es una alteración de enormes consecuencias en todos los ámbitos: erosiona las estructuras sociales, comunitarias, institucionales como las hemos conocido por siglos hasta haberse vuelto parte de la realidad operante.

Ante un problema, la persona seguía recorridos y pautas del ámbito institucional en el cual buscaba, preguntaba, se formaba, recibía asesoramiento, información y conocimiento. Hoy en día, también, pero de un modo más individualizado (si se quiere, más aislado) en redes, con su PC, en su espacio personal.

Haciendo una suerte de mirada de "citología institucional", las instituciones cubrían un espacio intersticial, por el cual las células conformaban un entramado que daba origen a tejidos. Vínculos, interrelaciones que derivaban en órganos, los que se articulaban en organismos.

La secuencia órgano-organismos-orgánico-organización no es fortuita.

Las instituciones, de algún modo, "copiaban" esa lógica biológica en la que un basamento común articula, relaciona a las células entre sí para dar origen a estructuras más complejas. Esas estructuras adquieren, entonces, capacidades crecientemente desarrolladas que posibilitan acciones de magnitud y consecuencias superiores.

Ésa es la función basal de las instituciones: conformar formas más complejas de organización que vehiculizan la realización de cometidos más estructurados. Ejemplo: las instituciones educativas.

El avance tecnológico vertiginoso pasa por encima de los tiempos institucionales. Las instituciones son arraigos, espacios de pertenencia e identidad. Se caracterizan por la estabilidad (cuando no, la inmovilidad) y por eso han sido referentes; por el valor del tiempo

trascendido (su devenir); por su asentamiento, su decantación de prácticas, errores y experiencias.

El avance tecnológico actual se caracteriza por lo contrario: es sumamente móvil, cambiante; sobrepasa al tiempo (lo arrastra), está en continuo devenir. Son lógicas temporales opuestas: instituciones sustentadas en lo pasado, deudoras de la relación causa:efecto, de la linealidad y la consecuencia; tecnologías orientadas al futuro, marcadas por la dispersión, la ruptura, la horizontalidad, la prueba y error.

Las instituciones se consolidan en la demostración, en la racionalidad de sus logros. La tecnología vigente en la utilidad en el resultado, en el logro específico. Hay, de ese modo, una escisión de dos tiempos y dos lógicas con enorme impacto social, mental, cultural, cognitivo, organizacional, vincular. Y cada una de ellas afecta de un modo diferente, y pareciera que antinómico, a esas tres generaciones antes citadas.

Por eso, nuestra inquietud es si pueden articularse y que, no por ser diferentes deban ser opuestas, divergentes, antagónicas. Y, si fuese posible esa articulación, cómo realizarla. Cómo poner a la misma mesa el vértigo de futuros cada vez más abiertos y desafiantes y la enseñanza sustentada en experiencias institucionales con un largo recorrido en la formación de profesionales y técnicos.

Quedan en el tintero, varios interrogantes:

Esta propuesta nace, tal como lo enunciamos en el primer ítem abordado, del propósito de abrir un diálogo, guiados más que por una actitud de humildad, por una cuestión de ignorancia: la insuficiencia por parte nuestra del amplio conocimiento y de la reflexión imprescindibles para pensar este cambio de época. Ello nos ha hecho conscientes de nuestras limitaciones.

Coherentes con esa postura, no cerramos la brecha y privilegiamos la búsqueda de puentes de abordaje de una realidad de enorme complejidad y de verdadero cambio civilizatorio. Y la necesidad de un diálogo intergeneracional que rescate el valor de perspectivas novedosas y de experiencias acendradas.

Por esa razón, este documento no puede tener otro cierre que reafirmar la vigencia de ese campo de transformaciones y perplejidad que demanda mayores búsquedas e interrogantes.

No cierra, por eso, con respuestas, sino con preguntas e inquietudes. Con una fuerte apuesta por la continuidad de este debate.

- (a) ¿de qué manera la IA modifica, erosiona, cuestiona las lógicas institucionales, organizacionales, los entramados sociales?
- (b) ¿cómo inciden los abordajes desde lo específico, lo individual, lo no orgánico, lo aislado (al conectar con una plataforma, base de datos central con la que los usuarios interactúan de modo operativo, directo) en lugar de hacerlo por canales sociales, orgánicos, institucionales, humanos, como históricamente fue a lo largo de siglos?
- (c) el paso de la verticalidad a la horizontalidad ¿conlleva en los procesos formativos un desmedro de la calidad en función de lo cuantitativo?

- (d) ¿cómo se reorientan y reorganizan los procesos educativos ante estas transformaciones tecnológicas y su instalación social generalizada, de modo de reafirmar la imprescindible vigencia de la capacidad de pensar y elaborar preguntas como basamento formativo?
- (e) quienes integran la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, desde su vasta experiencia como investigadores, profesionales, que han dirigido, coordinado y gestionado instituciones de CyT ¿cómo evalúan el acompañamiento de las actuales organizaciones (del siglo XX) a las formas de aprendizaje de las actuales generaciones (siglo XXI)? ¿Qué acción de puente pueden asumir en la construcción de este vínculo, generacional e institucional, que permita aprovechar ambos aportes?

Estos interrogantes, como la inquietud que los genera, se extienden a los diferentes ámbitos de la vida social, cultural, económica y política. Superan al de la producción, la tecnología y la formación de científicos, profesionales y técnicos en el medio agropecuario. Y seguramente, la posibilidad de diálogos entre sectores y espacios diversos ayudará a encontrar respuestas y cursos de acción hacia ese futuro que de modo tan contundente han instalado las nuevas generaciones.

Literatura citada

- Baños, G. (2024). *El sueño de la inteligencia artificial*. Shackleton.
- Sadin, E. (2021). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Caja Negra.
- Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Fondo de Cultura Económica.

Bibliografía recomendada

- Bilinkis, S. (2019). *Guía para sobrevivir al presente: Cómo la tecnología cambia nuestras mentes y nuestras vidas*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Brockman, J. (Ed.). (2009). *La ciencia del futuro: Cómo la ciencia transformará nuestras vidas en el siglo XXI*. Editorial Debate.
- Levy Yeyati, E., & Judzik, D. (2024). *Automatizados: Vida y trabajo en tiempos de inteligencia artificial*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Schneider, S. (2019). *Inteligencia artificial: Lo que todos necesitan saber*. Oxford University Press.
- Sigman, M., & Bilinkis, S. (2023). *Artificial: La nueva inteligencia y el contorno de lo humano*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Suleyman, M. (2024). *La ola que viene: Tecnología, poder y el gran dilema del siglo XXI*. Editorial Debate.

Los autores

Carlos Mundt es ingeniero agrónomo egresado de la Facultad de Agronomía de la UBA. Realizó estudios de especialización en Horticultura en la Universidad de Wageningen (Países Bajos) Docente y Director del Departamento de Producción Vegetal. En 1985 asumió como Decano Normalizador de la Facultad y fue electo y reelecto Decano en 1986 y 1990. Director Nacional de Capacitación y Formación Docente del Ministerio de Educación de la Nación. Creó y dirigió la Licenciatura de Educación Tecnológica de la Universidad del Salvador. En el año 2000 fue designado Secretario Académico de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, cargo en el que se desempeñó hasta 2024. Creó y fue profesor titular de la cátedra Introducción a la Problemática del Mundo Contemporáneo. Actualmente es Director de la Especialización en Docencia Universitaria de esa universidad.

Email: cmundt@untref.edu.ar

María Cristina Saucedo es ingeniera agrónoma por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Doctor (Dr. Rerum naturae) por la Universidad Justus Liebig - Giessen- Alemania. Se ha desempeñado como consultora en organismos internacionales (FAO y FIDA) en Proyectos de desarrollo rural y ganadería andina. Ha sido docente de grado y posgrado en la Facultad de Agronomía de la UBA (FAUBA) en el área de forrajeras y manejo de pasturas y de sistemas de producción sustentable. En la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación (SECYT), participó en la creación de la Red Argentina de Investigadores en el Extranjero (Programa Raíces). Fue Directora Nacional Asistente de Planificación, Seguimiento y Evaluación en el período 2003-2008 del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Hasta su retiro se desempeñó en la Gerencia de Planificación de INTA, en la articulación de los Proyectos institucionales con fuentes de financiamiento externo. Actualmente se desempeña en la Asociación Argentina de Producción Animal (AAPA), como co-responsable de la Editorial de la Revista de la AAPA, y editora del libro Indicadores ambientales para la producción animal (con énfasis en la producción animal bovina).

Email: msaucede@gmail.com